

## SECCION HISTORIA

# MANUEL BELGRANO <sup>(1)</sup>

Una agradable exigencia del señor Decano, me obliga a evocaros la memoria, en el centenario de su muerte, del bachiller en leyes de la Universidad y Abogado de la cancillería de Valladolid, general de los ejércitos de la patria, don Manuel Belgrano y Gonzalez.

No desconozco que el momento es inoportuno para la comprensión y el juicio sereno de su personalidad, la que difícilmente, podrá ofrecerse perfilada con nitidez y justicia, cuando se entonan himnos laudatorios.

No obstante, aspiro imponer una norma a mi pensamiento; mantenerlo, en lo posible, alejado de la influencia perturbadora del ambiente y ofrendar a la penetración de los que me escuchan, lo que he logrado estimar como representativo en esta personalidad, contemplando su esencia, hasta donde me lo permitan los elementos con que se cuenta.

El criterio valorador se perturba cuando intervienen sentimientos casi desprovistos de la razón serena. El juicio histórico, es concepto, en el que entra la fantasía, o mejor dicho, la intuición artística, para enunciarlo en forma deliciosa y variada.

En todo estudio biográfico se persigue, como objetivo principal, la determinación de la influencia que alcanzó el hombre sobre su época, y hasta donde ésta lo absorbió, identificándolo con sus características.

---

(1) Fragmentos de la conmemoración realizada en la Facultad de Filosofía y Letras, el de junio de 1920, en cumplimiento de una resolución de la Universidad.

Belgrano, nació en la ciudad de Buenos Aires, el 3 de Junio de 1770.

Expiró en su lugar natal el 20 del mismo mes, del año 1820.

Sus padres, fueron el ligurino don Domingo Belgrano Pericuyo alias de Pérez, sospecho no fué sólo por conveniencias de fonética—, y la criolla doña Josefa González. Vivió célibe toda su vida, pero la carencia de vástagos legítimos, no excluyó que con su hija natural, Manuela Mónica, habida en vísperas de su desaparición, rindiera homenaje a la paternidad, cual si fuese un arrepentimiento, análogo al que confiesa el incrédulo, por medio de la extrema-unción, al Dios que jamás ha venerado.

Los 50 años que forman el ciclo histórico en que transcurrió su vida, abarcan la época en que se desenvolvió por entero un estado político y social nuestro; toda la organización virreinal y su desbarajuste completo.

.....

Belgrano, adolescente aun, se aventaja en su numerosa familia y en su medio. Contaba apenas 16 años, cuando emprende la trimestral e insegura travesía del océano, a fin de proseguir sus estudios en la madre patria.

Este criollo, venido de los más apartados dominios, de aspecto simpático, de ojos y cabellos negros, ansioso de saber y con el punto de honor firme para abonar la confianza de sus padres, no levanta una sola resistencia.

Cuidar su conducta, fué norma de toda su vida. Confiesa en su autobiografía, que su ideal consistió siempre en conservar el buen nombre “que desde mis tiernos años logré en Europa,— nos asevera—con la gente con quienes tuve el honor de tratar, cuando contaba con una libertad indefinida, entregado a mí mismo, a distancia de dos mil leguas de mis padres, y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos”.

.....

Fácil es adivinar cómo Belgrano no debía sentir delectación con el elemento que formaba la mediocracia de los comerciantes. Españoles casi todos ellos, en su nacimiento fincaban el culto a sí mismos; suficientes en su saber, se sentían seguros de su

competencia, apuntalada con lo que podían piratearle al licenciado secretario, aparentando así, aventajados entre sus afines de profesión. Utilizaban en los debates, que generalmente eran de intereses particulares, la ilustración que pródigo, y lleno de ingenuidad, rasgo esencial de su vida, él les brindaba. Sin embargo, en el fondo, y aunque nacido de una familia de comerciantes, de gran posición pecuniaria en un momento, despreciaba a los ricos. Perdúrale este sentimiento toda su vida, según puede constatarse en 1812, cuando expresa que “siempre los ricos han sido egoístas y son tan raros los que no lo son como el ave Fénix”.

Tocóle, pues, actuar en una sociedad donde hasta para cimentar la familia, el cálculo y el regateo desalojaban al amor; y así es como el hombre, traspuestos los 40 inviernos, a menudo con un descuento equiparable a sus intereses, negociaba su vejez en cambio de las 18 ó 20 primaveras de la futura esposa inexpiente de la vida.

.....

Vivió, el Correo de Comercio, en un momento cambiante de nuestra historia; asomó a la publicidad, cuando se urdía el movimiento que estalló en Mayo, y esparció las últimas letras de molde, unos meses después, cuando el editor, como modestamente se llamaba entonces al que dirigía, no pensaba volver a las labores burocráticas, absorbido por la acción militar en los campos de batalla de la emancipación.

Este periódico representa la última obra esencialmente civil de Belgrano; la despedida al sosiego de la capital, con sus peligros y sus glorias, para identificarse con su porvenir, porque de sus aciertos o de sus equivocaciones, dependía la existencia o el fracaso de la tentativa por cimentar una patria.

.....

La cultura, que penetrará en todos los órdenes sociales, debe ser útil, nótese bien el concepto del economista, bajo todas sus manifestaciones. Con ella, progresarán las artes y las ciencias, porque nunca debe emprenderse “una ocupación sino por principios y no entrar a ella por imitación y rutina... estable-

cidas por la misma ignorancia". La tendencia didáctica se acentúa, en las variadas nociones que divulga, que comprenden desde el modesto consejo para conseguir buena fruta y temprana, hasta las arriesgadas enunciaciones de las partes de la filosofía, o las novedosas maneras, sin alusión, por cierto, al estilo de algunos poetas que suspiraban en sus páginas; de preparar el "extracto gomoso de opio".

Y por fin, en calidad de suplemento a tantos primores para los singulares abonados, se alza en punta de pies, no por lo alada sino por lo pretenciosa, la poesía, en forma de oda, de poema o de sátira, seguida de cerca por la propaganda de la música, "ese consuelo de las almas que hace olvidar las penalidades que rodean la vida", aún en una sociedad burguesa que promiscúa con la proletaria, y que al salir de los sacudimientos de las invasiones inglesas, ensayaba el preludio de la revolución social y política.

La medicina y las ciencias naturales, ocupaban un espacio, narrándonos casos clínicos de enfermos mordidos por los perros rabiosos, o describiéndonos los reinos de la naturaleza, apoyados de vez en cuando en Erasmo Darwin, cual nos lo prueba la nota que, cautelosa, asoma al pie de una de sus páginas.

Pero entre tanta dosis de sentido común y de consejos didácticos, lo que nos atrae más, considerada la orientación de los que frecuentamos esta casa, son los artículos consagrados a la filosofía y a los suspiros poéticos.

La lógica, que hasta ese momento, según expresa el autor del trabajo, con varios *continuará*, había enseñado más a porfiar que a imponer el raciocinio, no debía caer en el ridículo de si se dividía en docente o en utente, especulativa o práctica; la metafísica, con su distinción en grados, se esterilizaba en conceptos sobre lo real, lo virtual o la razón. No era más plausible, saber, si las sensaciones son "pensamientos o conocimientos" y si la esencia de las cosas puede ser objeto de la idea. Todo ello, es infecundo, y solo lograremos comprender que existe el arte de raciocinar si nos inspiramos en Condillac.

Reconózcase la importancia de la Física, de la Metafísica, y la necesidad de la Religión; pero no se justifique la persistencia de la escolástica.

La poesía, usando una expresión vulgar, si no brotó a raudales de los contados versificadores de la época, no dejó, sin embargo de llamar la atención. La luna, en estrofas que traducen un largo trato, padece el mensaje poético de un atrevido vate que le manda se detenga para escuchar su pena y no la importuna

Voz del buho; del cisne la agonía,  
De la parlera rana la aspereza  
Ni el ladrido del can.

Pero tanta pretensión del trovador, que, por las iniciales debió ser Prego de Oliver, aquel de quien Groussac dijera ser "el más inspirado administrador de rentas del virreinato", y J. M. Gutiérrez, más benévolo, el Herrera de estos pagos, sube de punto cuando se enfrenta al otrora sexo débil, con la Sátira al amor de aquella con quien lamentarse es en

..... vano

Su suspirar, sus sollozos, sus besos  
son su mercancía, y sólo al oro  
abre la puerta, como Danae a Jobe.

Alternan con las composiciones de Prego y Oliver, una que otra de Vicente López, el cual para no desentonar con la orientación del periódico, en una oda de corte clásico, alaba la vida del labrador, con todo el estro de que es capaz quien solo conocía la apariencia de las bellezas campestres y su encantadora placidez, salsa que jamás falta en las estrofas de tales producciones.

Completa el cuadro de las bellas artes, la vocación musical de la época. La apertura de una academia en 1810, hace exclamar de entusiasmo; y ¡ay! síntoma traidor de la exigencia modesta en esta forma pura del arte; la pluma del noticiero destila

elogios para su director, “particularmente por el gusto con que toca la flauta, que es su instrumento principal, sin embargo de que posee el clarinete, fagot y actovín”, que aun no podían ser ejecutados por carecer el público melómano de “aquellos fundamentos los más precisos”.

Una sociedad, que apenas podía gustar de los solos de flauta, le era vedada, la comprensión del clarinete o el octavín, cuando en Europa florecían genios como Beethóven, quien siete años antes daba a luz la heroica, se comprende que resulte elogioso el concepto de Groussac sobre Buenos Aires, al suponer que “recibía después de sesenta días, la ola tarda y débil de la civilización europea”. Pero pronto se iniciaría la transformación de la vida histórica, y todo el viento de los instrumentos sería débil comparado con el huracán que sacudiría las instituciones coloniales.

.....

Propensos “al culto al coraje”, como diría uno de nuestros escritores, el doctor García, nuestra historia se orientó hacia la narración del episodio militar. Nosotros, más pacifistas, omitiremos evocar la carga de caballería o la descripción del movimiento de flanqueo. El personaje, se impone a nuestro juicio, sobre todo por su valor moral. No tuvo las complicaciones de los espíritus contradictorios, ni salpican su carrera los episodios inconfesables de los deshonestos.

Belgrano tenía la conciencia perfecta del deber; se entregaba por entero a la obra que se le encomendara; he aquí el cuadro de su personalidad moral, ya sea que se le considere como civil, en el Consulado, o como militar, en los campos de batalla.

Cuando al frente del ejército de Alto Perú, en 1812, comprende que la cohesión de las fuerzas desaparece y que todo está desquiciado: los oficiales sin aptitudes, las tropas constantemente al borde de la desertión, los pueblos hostiles, y por fin, la angustia y el desprecio por los vencidos, él, sin embargo, evidencia un carácter lleno de obstinación y de firmeza. Y por encima de los desalientos del momento, se yergue vigoroso, abroquelado en su ideal, y con una mezcla de desesperación y de

energía, escribe al triunvirato: “Yo quisiera hacer prodigios por la patria, por V. E. y por el honor de las armas”. Sabía conservar su puesto con el *sacrificio*. Cuando en Tucumán encontró espíritu público propicio, y aunque lleno de dudas, se detuvo en su retroceso. Así también salvó la revolución, explotando el sentimiento lugareño de los habitantes para la defensa.

Fué en la vida militar, bondadoso como un padre y severo como Catón; tan poco dotado de aptitudes para concebir planes militares, como lleno de coraje y de serenidad en el desastre.

.....  
De sus abundantes comunicaciones al gobierno, pueden extraerse una serie de disposiciones que traduce su eficaz tarea como jefe.

Predica e impone a sus tropas, la observancia de una conducta digna de la misión de libertar a los pueblos, que se resisten a “ser tratados con más bajeza que por los antiguos agentes del despotismo español”.

A los oficiales sindicados de robos, se les separa de inmediato, y al resto, le inculca el sentimiento del deber, pues, “que gloria sería para el ejército y la Nación exclamar, que ningún caballero oficial diese motivo para ninguna clase de arresto, porque el valor del ejército está en el oficial, y todo se vence cuando los oficiales se empeñan en cumplir su obligación”.

En un comienzo, era habitual en la tropa, como dije, la deserción, el robo y la vida licenciosa.

Muchos de los hombres, se unían a las fuerzas, en calidad de soldados, mientras no salieran del territorio de la provincia, porque el sentido de la nacionalidad todavía era rudimentario. Y así constata, en 1812, que si se retira, más allá de Tucumán, las tropas de Jujuy, Salta, Santiago del Estero, y de la ciudad mencionada, que eran las más numerosas, lo abandonarían.

Tutela el bienestar de la población civil, mediante penas severas a sus soldados e inculca la subordinación de los oficiales a sus órdenes, con castigos ejemplares, sean ellos distinguidos como el barón de Holmberg, o de relativo valor como aquel señor capitán de artillería, que ni siquiera menciona, aunque perteneciera a los “veteranos antiguos, con sus ribetes, de orgullo

y de los que dicen ¿que para qué les han enseñado los derechos del hombre? y que llaman despotismo al orden de la milicia”. El entredicho con Holmberg, le afectó sinceramente; pero no titubeó en arrestarlo por insubordinación a pesar de su “celo, constancia y luces que no son vulgares entre nosotros; ha sido incesante en su contracción—agregaba—y confieso que le amo por estas cualidades. . . pero su genio vivísimo es tan precipitado que con este castigo, jamás gustará servir en este ejército”. Este rasgo, revela su sensibilidad, porque el barón de Holmberg continuó a sus órdenes.

Reprimió los robos, que se cometían tanto en los caudales como en el patrimonio de los habitantes. Y con justicia, al fin de su carrera militar, pudo aseverar que en sus ejércitos los había desterrado para siempre.

Moralizó la vida de sus oficiales y de su tropa, que por la situación de fuerza olvidaban a menudo el respeto a los hogares.

Prohíbe reunión de mujeres alrededor de los cuarteles, para evitar contubernios con sus soldados, a quienes hasta les estaba vedado frecuentar las pulperías.

Morigera las costumbres de los oficiales que se llamaban a cuartel “con escándalo, a las 2 y 3 de la mañana y aun a la mañana”, imponiéndoles el severo horario, de las once de la noche, por ser “suficientemente tiempo dedicado a las sociedades decentes y a las que es únicamente a donde deben asistir”. Así veía por la salud del cuerpo y por la salvación del alma de tanto tenorio robador de honras, guardadas en ranchos de adobe o de paja, y que echaba a menos no poseer, en las vigiliás estivales tucumanas, el ascetismo de su jefe.

Si penetramos más en lo íntimo de su conducta, hallaremos que no cultivó, estos méritos como una vanidad, sino como una inclinación que mantuvo inflexible hasta el término de su vida. Y estos rasgos son más relevantes en las épocas revolucionarias, donde el ansia de figurar es lo que más aparece en los hombres.

Su fórmula, fué un dique a muchas ambiciones injustas; de ahí su lucha por la independencia en la organización colonial. Se sobrepuso a las pasiones y no compartió los odios de sus contemporáneos.

Que Belgrano estuviera dotado de una gran serenidad, aun en los momentos de más peligro, se comprueba hasta en los menores detalles de su existencia. El estilo de su prosa, el lenguaje de sus proclamas y el tono de sus notas al gobierno, en el momento en que la forma gerundiana y la abundancia del epíteto se prodigaba en todos los documentos oficiales, traducen junto con sus actos, la serena convicción en el ideal.

No puede afirmarse que Belgrano careciera de idea nacional; para probarlo, bastaría el símbolo que nos legara en la bandera.

La vida de San Francisco de Asís, como dice Renán, fué “un acceso de encantadora locura, de perpetua embriaguez de amor divino”; aunque no idéntica, la vida de Belgrano, fué una conjunción de bondad, de altruismo, de devoción y de culto por la rectitud. Prodigio de modestia, como dijera, no escuchó los halagos traidores de la vanidad ni los acollonamientos del fracaso.

Vencido físicamente, lleno de unción cristiana, en un momento de lucidez, al ver que se le escapaba la vida, balbucearía las últimas palabras inteligibles, aceptando la muerte como un don de Dios; y mientras su mirada se extinguía hundiéndose en las tinieblas del misterio infinito.

Dió el alma a quién se la dió  
El mal le ponga en el cielo  
Y en su gloria,  
Y aunque la vida murió  
Nos dejó harto consuelo  
Su memoria.

Dediquemos, señores, este instante que nos congrega, a uno de los mejores argentinos de nuestro breve pasado.

EMILIO RAVIGNANI.

